

De aquella gran División del Norte...

Adolfo Gilly

Una revolución no es sólo lo que sucede en las armas sino ante todo lo que sucede en las almas, las innumerables del pueblo, las contadas de los jefes. Bajo esta premisa, el reconocido historiador Adolfo Gilly reconstruye las últimas etapas de existencia de la mítica División del Norte, con los caminos paralelos de dos grandes generales: Pancho Villa y Felipe Ángeles.

1

Una revolución no es solamente lo que sucede en las armas sino ante todo lo que sucede en las almas. Una revolución, y más si se transforma en guerra, no sólo se explica y se mide por la suerte de las batallas entre el orden existente y aquellos que quieren derribarlo. Antes y más allá de la confrontación armada, pareja o disparaja según sea, está la voluntad, el estado de ánimo, la organización y la resolución de las capas y clases de esa sociedad que ya no soportan las desdichas de aquel orden y quieren subvertirlo a toda costa.

Cuando se trata de una gran revolución del pueblo esa decisión lleva años y vicisitudes en tomar forma y en organizarse bajo los múltiples y diversos modos transmitidos de generación en generación por la historia y la experiencia a través del trabajo, la tierra y las memorias vividas, amargas o felices, cercanas o distantes.

Esta transmisión sucesiva la estudió E. P. Thompson en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* y en *Cos-*

*tumbres en común*¹ y la dijo César Vallejo en su “Himno a los voluntarios de la República”:

Todo acto o voz genial viene del pueblo
y va hacia él, de frente o transmitido
por incesantes briznas, por el humo rosado
de amargas contraseñas sin fortuna.

Un movimiento revolucionario, como sucede con los movimientos de un pueblo, una nación o una ofensiva militar o social, no puede proseguir indefinidamente. Traza una curva de ascenso, culminación y descenso. A partir de cierto punto, diverso caso por caso, la fatiga alcanza a sus protagonistas, tanto a las capas y sectores en movimiento como a la población entera. Sufrimientos, abusos, privaciones que se prolongan, sin que haya

¹ E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, prólogo de Josep Fontana, traducción de Elena Grau, Crítica, Barcelona, [1963] 1989. E. P. Thompson, *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, [1963] 1992.

resultados ni término a la vista, ganan los ánimos y el reflujo comienza.

Aun así, si la revolución no es aplastada como lo fue en España en 1939, rara vez se regresa al punto de partida. Es entonces cuando la lucha política entre las diversas corrientes y facciones de la revolución entra a ocupar el proscenio, mientras el pueblo llano cada vez más quiere y pide una paz que al menos asegure lo alcanzado y permita que regrese la vida de todos los días en lugar de la vivencia cotidiana de la muerte.

Así, dicen los clásicos, el movimiento del pueblo —y de sus armas si es el caso— dibuja una curva: ascenso, culminación y descenso. Es arte de los dirigentes saber reconocer sus modos y medir el desplazamiento de esa curva. Pero aun si el movimiento no alcanza a cumplir sus enunciados, tampoco se regresa al Antiguo Régimen, es decir, al punto de partida: la Restauración está vedada, cualquier cosa que piensen o hagan sus partidarios en la oposición o en el exilio.

Este ha sido el curso de las tres grandes revoluciones mexicanas.

Nos hemos ocupado en estos días² de las cuatro batallas decisivas de 1915: dos de Celaya, Trinidad después y por fin Aguascalientes. Sin embargo, me atrevo a decir —y no soy el único— que cuando las dos facciones revolucionarias, el Ejército de Operaciones de Álvaro Obregón y la División del Norte de Pancho Villa, ini-

ciaron el largo y azaroso enfrentamiento en el Bajío, la suerte ya estaba echada, decidida por el descenso de la marea, el repliegue y el cansancio del pueblo, sus casas y caseríos, sus aldeas y ciudades.

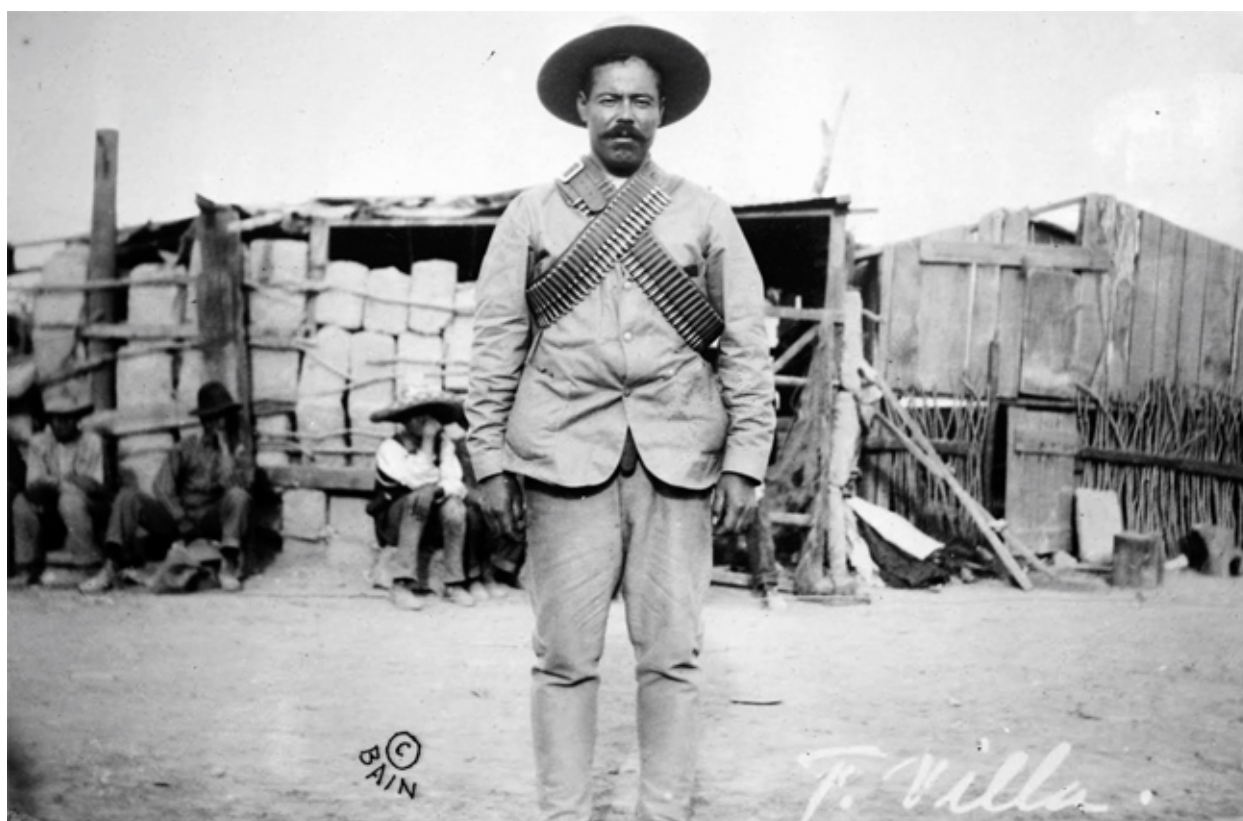
Triunfaron Venustiano Carranza y su gobierno ya bien establecido en Veracruz. Ciertamente, el precio de ese triunfo lo pagaría el carrancismo en tiempos y plazos sucesivos. No fue restaurada la Constitución liberal de 1857, como querían el Primer Jefe y también Felipe Ángeles, ambos hombres del Antiguo Régimen. Se aprobó en 1917 la Constitución de Querétaro, pacto no negociado ni escrito pero sí obligado con la tenacidad de la guerra campesina; su núcleo inicial y más organizado, el Ejército Libertador del Sur; la persistencia irreductible del villismo en armas; y el antecedente exaltado, radical y verídico de la Soberana Convención Revolucionaria en sus jornadas de Aguascalientes.

Una garantía, tampoco pactada ni escrita, fue la presencia y la influencia en el Constituyente de Querétaro de los jóvenes militares jacobinos, Francisco J. Múgica y Heriberto Jara, entre otros, que habían hecho la guerra y recorrido los campamentos y las campañas y en su imaginario seguía viva la Gran Revolución Francesa, pues por algo se decían “jacobinos”.

“Los zapatistas heredan Morelos” fue el título del capítulo final del libro clásico de John Womack.³ El pueblo mexicano, como veinte años después se vería, heredó mucho más.

² Coloquio México 1915: Definición en el Bajío, El Colegio de México y Universidad Autónoma de Guanajuato, Guanajuato, 21-23 de mayo de 2015.

³ John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México, 2006, pp. 326-365.



Francisco Villa



El general Francisco Villa acompañado del general Fierro, el general Ortega y el coronel Medina, entre otros

2

La revolución en armas contra el Antiguo Régimen se cerró y triunfó el 23 de junio de 1914 en Zacatecas con la victoria de la División del Norte, la destrucción del Ejército Federal y la renuncia y fuga de Victoriano Huerta tres semanas después. Según es ley de la vida, se abrió allí la confrontación entre los vencedores, que ya tenía forma militar con la insubordinación de la División antes de la toma de Zacatecas y precisamente para poder tomarla.⁴

Al alcanzar ese punto crucial, por razones tanto logísticas como políticas esta poderosa máquina bélica detuvo su avance victorioso hacia la capital de la República y, en insólito movimiento, se retiró hasta sus territorios del norte, punto de partida de su ofensiva, mientras Álvaro Obregón y su Ejército del Noreste, después de la victoria de Orendáin, avanzaban hacia la capital de la República, la meta codiciada.

Entre el repliegue a inicios de julio, después de Zacatecas, y la rendición de la Ciudad de México ante Obregón en Teoloyucan a la mitad de agosto, se había jugado el destino de la División del Norte, cualesquiera que fueran las vicisitudes ulteriores.

Un ejército que después de destruir al ejército enemigo en una campaña fulminante de sucesivas batallas victoriosas —Torreón, San Pedro de las Colonias, Paredón y Zacatecas— detiene su avance y sin razón militar aparente se repliega, queda inevitablemente tocado en su moral.

⁴ Adolfo Gilly, “Zacatecas, la última batalla”, *Revista de la Universidad de México*, número 132, febrero de 2015, pp. 27-35.

Inútil es que los jefes aduzcan razones técnicas o tácticas o políticas. Invicta en los campos de batalla, la inexplicable retirada rompe el *tempo* y hiere el alma de esa fuerza militar. Este punto de quiebre quedó muy discretamente registrado, según su estilo, en el pasaje final del relato de Felipe Ángeles sobre la batalla, escrito sobre sus rodillas el 8 de julio a bordo de su tren que se replegaba al norte: “Triste y a la vez delicioso rodar de nuestros trenes por los, ahora, verdes campos del estado de Chihuahua”.⁵ ¿Triste por qué, si había vencido?

Es cierto: de Zacatecas se desprendieron el Pacto de Torreón y su Cláusula de Oro, el artículo octavo, núcleo de ideas y de programa nacional que daría sustento a las intrincadas discusiones y los vagos acuerdos de la Convención de Aguascalientes, cuyas ondas de influencia se prolongarían hasta los artículos tercero, 27, 123 y 130 de la Constitución de 1917, arbotantes de su arquitectura hoy ya destruida.⁶

Pero fue Zacatecas la última batalla de la División del Norte. Después se trasmutó en lo que llegó a ser el Ejército Convencionista, una dispersa confederación armada bajo el mando indiscutido e indiscutible de Fran-

⁵ Felipe Ángeles, “Diario de la Batalla de Zacatecas. 1914” en Adolfo Gilly (compilador), *Felipe Ángeles en la Revolución*, Era/Conaculta, México, 2008, p. 251.

⁶ Son múltiples las fuentes que citan el Pacto de Torreón, una de ellas es: *La Revolución Mexicana. Textos de su historia. Acción revolucionaria*, tomo III, investigación y compilación de Graziella Altamirano y Guadalupe Villa, SEP/Instituto Mora, México, 1985, pp. 363-369. Sobre los artículos 27 y 123, ver también Adolfo Gilly, “Un México sin ley – La destrucción de la Constitución de 1917”, *La Jornada*, México, 13 de diciembre de 2013.

cisco Villa, pero ya no una compacta máquina de guerra unificada en su cuerpo, su conducción y sus propósitos.

3

La ocupación de la Ciudad de México por Carranza y Obregón a mitad de agosto y la rendición, disolución y entrega de armas, parque y arsenales del Ejército Federal al Ejército Constitucionalista acentuaron el desplazamiento de la relación de fuerzas, tanto militar como política, a favor del Primer Jefe, su gobierno y su ejército, bajo la protección contradictoria pero complementaria de las grandes maniobras políticas de Álvaro Obregón, primero en Aguascalientes y poco después en sus dos arriesgados y fructíferos viajes al corazón del villismo, la ciudad de Chihuahua.

Venustiano Carranza supo conservar esta ventaja, no afirmándose en la indefendible e ingobernable Ciudad de México sino llevando su gobierno al puerto de Veracruz, de donde Woodrow Wilson retiró sus fuerzas de ocupación en un gesto político y militar de explícito significado.

Allí Carranza recibió otro arsenal de refuerzo y tuvo en sus manos el primer puerto de la nación y sus aduanas; estableció un gobierno formal y su aparato administrativo, empresa de la cual sabía; aseguró otros dos puertos, Tampico al norte, Progreso al sur, y con ellos las exportaciones de petróleo y de fibra de henequén, preciosas ya iniciada la Gran Guerra de 1914.

En Veracruz, como es bien sabido, dictó un cuerpo de leyes liberales radicales, como la ley de reparto agrario y la ley de matrimonio civil. La inteligencia política y la práctica jurídica de Luis Cabrera fueron el complemento de la inteligencia militar y la astucia política de Álvaro Obregón para consolidar el gobierno constitucionalista, reagrupar otras fuerzas en torno y preparar la ofensiva hacia los territorios convencionistas.

De allí partiría meses después, en marzo de 1915, la marcha de Álvaro Obregón y su Ejército de Operaciones al encuentro de su destino en el Bajío. Se afirmó al arrebatar Puebla ocupada por fuerzas zapatistas bajo jefes inciertos. Se consolidó en la Ciudad de México en la alianza con la Casa del Obrero Mundial (a la cual los electricistas, dicho sea en su honor sindicalista, no se sumaron); en medidas sociales contra el acaparamiento de víveres por los comerciantes; en decisiones políticas efectistas pero significativas contra privilegios de la curia católica; y en respuestas altivas a las interpelaciones de embajadas extranjeras.⁷

⁷ Una descripción de estas medidas está en Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, "Hostilidades del clero, comercio en grande escala, banca, industriales acaudalados y la mayoría de los extranjeros", FCE, México, 1959, segunda edición, pp. 267-290.

El general Obregón mostraba que quería una revolución, aunque no la misma que los villistas y los zapatistas ni, como se revelaría después, tampoco la misma que su jefe Venustiano Carranza; pero sí la revolución de los jóvenes y ambiciosos jefes sonorenses, tan bien descritos y comprendidos por la pluma de Martín Luis Guzmán.⁸

4

A mediados de noviembre de 1914 Venustiano Carranza, ante el avance de las fuerzas villistas hasta Querétaro, consideró la necesidad de abandonar la Ciudad de México y partir con su entero gobierno hacia Veracruz. Recibió garantía de que Estados Unidos estaba dispuesto a retirar sus tropas de ocupación de esta última ciudad. Un pintoresco y cargado éxodo hacia el puerto se inició.

El 23 de noviembre de 1914 el representante diplomático a cargo de la legación de España, José Caro y Széchenyi, llegado a México apenas en septiembre y todavía asombrado por el extraño país ante sus ojos, describía a su gobierno la evacuación de la ciudad:⁹

desde hace dos días, veo personalmente y desde horas muy tempranas, el paso de tropas, automóviles, municiones, muebles y equipajes que en dirección a los trenes ya preparados y requisicionados por las fuerzas carrancistas, salen uno tras otro. [...] En la tarde del día 20 de noviembre] ese movimiento era por demás extraordinario y por testigos presenciales ha llegado a mi conocimiento que los automóviles y especialmente caballos de que se apoderaban en las calles con revólver en mano, los conducían directamente a la estación [...] En las oficinas del Gobierno Civil y de la Inspección de Policía y Comandancia militar, se veía claramente por el movimiento extraordinario de embalar cajones con suma urgencia y a la vista de todo el que por algún asunto visitaba esos edificios, que en ese mismo día abandonaría la Ciudad todo el personal llevándose consigo naturalmente todo aquello que era de

⁸ Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, Promexa, México, 1979; *Obras completas*, tomo I, FCE/INEHRM, México, 2010. Sobre esta ofensiva militar y política hacia el sur: Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada. Sonora y la revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1977. Sobre las sucesivas ocupaciones de la ciudad por los ejércitos revolucionarios entre 1914 y 1915: Alejandra Moreno Toscano, *La crisis de 1915 en Nexos*, febrero de 1985, un ensayo notable por documentación y estilo.

⁹ Josefina Mac Gregor, *Revolución y diplomacia: México y España, 1913-1917*, INEHRM, México, 2002, pp. 277-278. La autora agrega aquí: "En informes subsecuentes aseguró que las tropas, antes de salir, cometieron toda clase de atropellos y que, de las casas ocupadas, sacaban lo que querían. Según el diplomático, el Palacio Nacional también había sido saqueado. Pero reconocía que, en cambio, 'para bien de la ciudad Lucio Blanco daba toda clase de garantías a medida que la iba ocupando'".

algún valor. Añadiré como dato curioso que en la misma Inspección de Policía se vieron algunos cajones llenos de monedas de plata y oro, las cuales no es aventurado asegurar que era dinero robado a particulares.

“El 20 de noviembre de 1914 las fuerzas carrancistas recibieron orden de partir de la ciudad”, informaba a su gobierno el 5 de diciembre Víctor Ayguesparse, encargado de la Legación de Francia en México, un diplomático con cierta inclinación a acentuar en sus despachos las tintas melodramática y especulativa. Describía después una situación de descontrol general en los barrios ricos y céntricos de la ciudad: “Las casas particulares habían sido ocupadas por la fuerza, los automóviles y caballos requisados, las propiedades y cosechas confiscadas, las personas apresadas arbitrariamente a la menor denuncia, las cajas públicas o particulares saqueadas. De donde, para los generales del señor Carranza, resultaba una existencia muy agradable, sumamente lucrativa, con la cual no les convenía terminar sino lo más tarde posible”.¹⁰

En el mismo mensaje el diplomático decía del temor reinante ante la inminente entrada de las tropas zapatistas: “el 23 de noviembre a la mañana se supo que la vanguardia zapatista, unos diez mil hombres, había ocupado San Ángel y Tacubaya, suburbios de la capital”.

Al día siguiente los zapatistas entraron en la ciudad y esto es lo que el representante francés registró:

Sea como fuere y aparte de algunos actos aislados de pillaje, puede decirse que las tropas del Sur asombraron a todo mundo por su disciplina y su real empeño en dar a la población pruebas de tolerancia política, de calma y de seguridad. Hasta ahora, los jefes zapatistas se han apegado a respetar la propiedad privada, en una palabra a presentar en todos los casos la imagen opuesta de los actos arbitrarios de los generales carrancistas que durante tres meses habían organizado en México un régimen de terror. También hasta el momento el grupo zapatista se ha esforzado por marchar en acuerdo con el grupo villista.

Una imagen similar dieron los informes de los agentes diplomáticos de Estados Unidos presentes en la ciudad en esos días.¹¹ No tardaría en cambiar esa benévola disposición.

¹⁰ 5 de diciembre, telegrama de Víctor Ayguesparse, Archives du Ministère des Affaires Étrangères, Série Correspondance Politique et Commercial, volumen 9 (5 folios); Martín Luis Guzmán (*El águila y la serpiente*, pp. 207-209) registra episodios de estas actividades y anota que allí se originó el verbo mexicano “carrancear”. En capítulo aparte hace una vívida crónica de su propia fuga.

¹¹ El 8 de diciembre de 1914 Leon Canova, agente diplomático de Estados Unidos, escribía a su gobierno: “Aquí la gente estaba aterrorizada ante la perspectiva de la caída de la ciudad en manos de los zapatistas. En realidad, hoy todo el mundo confiesa que las condiciones en

Según Vito Alessio Robles, convencionista, las fuerzas zapatistas que el 25 de noviembre entraron en la Ciudad de México encontraron “una ciudad muerta”. El comandante militar de la plaza, general Antonio Barona, y el gobernador del Distrito Federal, general Vicente Navarro, dictaron un bando en el cual “bajo amenaza de pena de muerte”, se concedieron 48 horas de plazo a quienes hubieran sustraído objetos de habitaciones particulares para que los devolvieran en el lugar indicado, el Hotel Imperial.¹²

El efecto fue milagroso. El edificio entonces inocuado del Hotel Imperial se convirtió en 48 horas en el bazar más grande que haya tenido la ciudad de México. Allí fueron reconcentrados todos los objetos sustraídos de las casas ocupadas contra la voluntad de sus dueños.

Ahí se formó un hacinamiento de pianos, muebles de todas clases, alfombras, tapices, cortinajes, mesas, libros, cuadros, vajillas, bronce, mármoles, etcétera, etcétera. En las afueras había una enorme fila de automóviles desvenecijados y coches de lujo.

El 6 de diciembre de 1914, desde un balcón del Palacio Nacional, Francisco Villa y Emiliano Zapata presenciaron el desfile triunfal de sus tropas. El presidente convencionista Eulalio Gutiérrez ofreció después una memorable y comentada recepción al cuerpo diplomático. José Caro informó a Madrid que este banquete: “no dejó de ser típico, pues era verdaderamente de notar la indumentaria de la mayor parte de los comensales, habiendo allí generales que estaban en mangas de camisa (la cual no poseía la blancura de que esa prenda suele tener fama) y en sandalias de cuero. El propio ministro de la Guerra llevaba un traje kaki que, usándolo desabrochado, se le podía apreciar una camisa de seda de las que generalmente se usan para dormir”.¹³

En verdad, en México había ocurrido una revolución popular. A José Caro no le gustaba.

Conviene aquí anotar un rasgo que comparten, cada uno desde su cultura nacional, los diplomáticos europeos y estadounidenses en sus informes sobre México: aparte del sesgo proveniente del origen social de su círculo de interlocutores habituales, sus descripciones de los sucesos locales traen casi siempre un halo de condescen-

la capital nunca han estado mejor ordenadas o más pacíficas de cuanto han estado desde que los zapatistas comenzaron a ejercer las funciones de policía. En consecuencia, los zapatistas, que hace dos semanas eran individuos execrados, han pasado a ser ahora personas altamente respetables”: 8 de diciembre de 1914, Leon J. Canova-Bryan, Records of the Department of State, 812.00/14048.

¹² Vito Alessio Robles, *La Convención Revolucionaria de Aguascalientes*, INEHRM, México, 1979, p. 367.

¹³ Josefina Mac Gregor, *ibidem*, p. 282.

dencia o de *self-righteousness* sobre los modos y las costumbres del país donde residen, en implícita comparación con las que imaginan como normas universales: es decir, las del país y el estrato social del diplomático informante. Excepciones las hay, pero no abundan.¹⁴

6

El abandono de la ciudad por el gobierno constitucionalista y su ejército, la ocupación por el Ejército Libertador del Sur y la División del Norte y la instalación en la capital de la República del gobierno de la Soberana Convención de Aguascalientes, presidido por Eulalio Gutiérrez, eran síntomas de una extrema radicalización de la situación política nacional, de la efervescencia de las ideas y la turbulencia de los ánimos a lo largo y ancho del territorio y de la inestabilidad de todos los poderes.

Ese 8 de diciembre de 1914 Manuel Bonilla escribía desde Chihuahua a Roque González Garza en la Ciudad de México: “Ya la opinión general ha manifestado la tendencia de que deben expropiarse por causa de utilidad pública las tierras disponibles para el reparto; que deben restituirse a los pueblos los ejidos que tenían antes de que se les tomaran sus tierras a título de demasías; y que deben no solamente repartirse las tierras sino ministrar a los agricultores toda clase de auxilios para que el mejoramiento de sus labores sea un hecho”.¹⁵

Eran ideas y propuestas del Plan de Ayala que ahora se presentaban desde el extremo norte de la República, en el mismo momento en que los ejércitos campesinos del norte y del sur habían conquistado la capital de la República y el gobierno convencionista se había instalado en el Palacio Nacional, sede histórica y simbólica del poder.

Ese gobierno, al cual consideraban propio, esperaba obtener el reconocimiento diplomático de las naciones. Nada más que eso mismo demandaba el gobierno constitucionalista desde Veracruz, hacia donde se habían desplazado Carranza y su gabinete en la descomunal operación de mudanza antes descrita. Por otra parte, similar radicalización aparecía en sus propuestas políticas, sociales y agrarias con las adiciones al Plan de Guada-

lupe del 12 de diciembre de 1914, en preparación de su ofensiva militar de inicios de 1915.

Ocupada la ciudad en diciembre por la División del Norte y el Ejército Libertador del Sur cayeron sobre ellos los peligros profesionales de todo poder militar, que el de Carranza había vivido y después eludido o atenuado con su traslado a Veracruz: las disputas entre militares por un lado, los abusos sobre la población por el otro.

No sólo los informes diplomáticos sino también las varias crónicas mexicanas dieron cuenta de este proceso que cobró sus víctimas entre la misma oficialidad norteña y sureña: David Berlanga, Paulino Martínez, portavoz del zapatismo en la Convención; Guillermo García Aragón (antiguo maderista después convencionista que tenía cuentas pendientes con Zapata), junto con otros jefes, fueron apresados, fusilados o asesinados. Los conflictos entre los sucesivos gobiernos de Eulalio Gutiérrez y de Roque González Garza por un lado y los jefes zapatistas por el otro, en torno al suministro de transporte, parque y pertrechos se multiplicaron así como reaparecieron abusos, violaciones, robos y pleitos de ocasión mientras se prolongaba la espera incierta de las batallas venideras. Parecía reproducirse en los jefes convencionistas el cuadro de la ocupación constitucionalista y la hostilidad hacia ellos en los ambientes diplomáticos de la capital.¹⁶

La Ciudad de México, cuyos peligros Carranza había decidido y sabido eludir llevando su gobierno al puerto y rehaciendo allá su ejército, se iba tragando buena parte de la moral de combate de las fuerzas ocupantes, fracturaba al gobierno convencionista y había convertido en fútiles discusiones en las sesiones de la Convención lo que tenía que haber sido la alianza entre norteños y sureños. Cuando llegó la primavera de 1915 eran motines de hambre los que se producían en los mercados y lugares de abasto y repercutían en las discusiones y controversias de la Convención.¹⁷

¹⁶ Para el 28 de enero de 1915 el español José Caro, que tan bien había recibido dos meses antes la ocupación de la Ciudad de México por las fuerzas zapatistas, escribía a su gobierno que el general Vicente Navarro, gobernador del Distrito Federal, era “un personaje inculto hasta el último límite, incapaz bajo todos los estilos de comprender siquiera una de las múltiples obligaciones y deberes anexos al puesto que ocupaba y cuyo único ideal y sola ocupación durante el tiempo de su reinado fue el secuestrar mujeres públicas y vivir en continua orgía”. Josefina Mac Gregor, *ibidem*, p. 280, número 23. Cualquiera que haya sido la realidad, fuerza es anotar que los informes de Caro iban teniendo un sesgo más y más irritado a medida que la ocupación se prolongaba y las molestias y abusos militares sobre sus informantes también.

¹⁷ Sobre la crisis en la ciudad mientras se desarrollaban las batallas del Bajío: Francisco Pineda Gómez, *Ejército Libertador: 1915*, Era, México, 2013, “La crisis y sus conflictos”, capítulo 6, pp. 189-216; Francisco Pineda, *op. cit.*, p. 206, registra un enfrentamiento armado “en un salón de baile de la calle Degollado, cerca de la Alameda”, entre el general Antonio Barona, zapatista, y el general Francisco Estrada, villista, quien resultó muerto: “Barona y sus acompañantes se retiraron del salón y tuvieron otro enfrentamiento con soldados de Juan Banderas

¹⁴ De estas excepciones tres ejemplos notables fueron los diplomáticos Manuel Márquez Sterling, cubano, y Anselmo Evia Riquelme, chileno, durante la Decena Trágica; y Josephus Daniels, estadounidense, durante el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940).

¹⁵ Manuel Bonilla (1863-1957), sinaloense, antirreeleccionista de la primera hora, era miembro del gabinete de Francisco I. Madero en 1913. Apoyó después al Plan de Guadalupe y en 1914 se sumó en Chihuahua al gobierno villista, donde recibió el encargo de elaborar la ley agraria tema de esta carta (*Diccionario Histórico y Bibliográfico de la Revolución Mexicana*, INEHRM, México, 1992, tomo VI, p. 281) 8 de diciembre de 1914, Manuel Bonilla-Gral. Roque González Garza, Archivo Roque González Garza, Universidad Panamericana, carpeta 4, folio 69.



Felipe Ángeles

La ruptura del gobierno convencionista a la mitad de enero de 1915 y la fuga del presidente Eulalio Gutiérrez y de José Isabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides, Antonio Villarreal y otros, fueron un golpe político mayor, y también doloroso, para Pancho Villa. Más allá de los cálculos sobre los respectivos contingentes militares, necesarios siempre para comprender la relación de fuerzas entre los ejércitos que irían a enfrentarse en el Bajío, nada podía compensar el castigo a la moral de combate que entrañaba esta ruptura del propio gobierno mientras en Veracruz se consolidaba el del Primer Jefe.¹⁸

frente al hotel Lascuráin". Sobre la crisis de abasto y sus conflictos: Ariel Rodríguez Kuri, *Historia del desasosiego: La revolución en la ciudad de México, 1911-1922*, El Colegio de México, México, 2010, capítulos 3 y 4, pp. 141-177; Alejandra Moreno Toscano, *op. cit.*

¹⁸ Martín Luis Guzmán en "Villa en el poder", libro sexto de *El águila y la serpiente*, citado, pp. 295-297, registra su descripción presencial de ese momento. Sobre las vicisitudes de la ocupación de la Ciudad de México por los ejércitos campesinos, Felipe Ávila Espinosa, *Las corrientes revolucionarias y la Soberana Convención*, INEHRM, México, 2014, pp. 369-373. Abundantes referencias sobre ese año crucial para la ciudad, reunidas desde puntos de observación, miradas y juicios diferentes, en dos documentadas obras recientes: Francisco Pineda Gómez, *Ejército Libertador – 1915*, Era, México, 2013, 492 pp., y Pedro Salmerón, *1915 – México en guerra*, Planeta, México, 2015, 350 pp.

La suerte posterior de los protagonistas de esa quiebra carece aquí de importancia, una vez consumada la ingloriosa fuga de un gobierno que se suponía legitimado por los debates y las votaciones de la Convención de Aguascalientes. El sucesor de Eulalio, Roque González Garza, hombre aguerrido, no podía sin embargo ser lo mismo ni ostentar igual legitimidad. Algo esencial se había quebrado, testimonio de fisuras más profundas y menos visibles.

7

Desde la firma de los Tratados de Teoloyucan el 13 de agosto de 1914 y la entrada de Obregón en la Ciudad de México dos días después, hasta la ocupación definitiva por las fuerzas constitucionalistas al mando del general Pablo González el 2 de agosto de 1915, transcurrió casi un año —once meses y medio— durante el cual el gobierno y la vida cotidiana de los habitantes estuvieron sujetos a los vaivenes de la guerra civil entre los vencedores del Antiguo Régimen, destruido militarmente el 23 de junio de 1914 en la batalla de Zacatecas y legalmente entre el 15 de julio con la renuncia y exilio de Victoriano Huerta y la disolución del Ejército Federal.

Esta es la sucesión cronológica de esos vaivenes, cuando el mando de la ciudad fue cambiando de manos una y otra vez.¹⁹

El 20 de agosto de 1914 entró en la ciudad el Primer Jefe Venustiano Carranza al frente del Ejército Constitucionalista, flanqueado por Álvaro Obregón, general en jefe del Cuerpo del Ejército del Noroeste y el general Juan G. Cabral, comandante militar de la Plaza de México.

Entre el 18 y el 24 de noviembre de 1914 salieron de la ciudad los trenes del gobierno y el Ejército Constitucionalista rumbo al puerto de Veracruz, para instalar allí la sede de su gobierno.

El 25 de noviembre de 1914 el Ejército Libertador del Sur ingresó en la Ciudad de México. Entre el 23 y 24 ya habían ocupado San Ángel y Tacubaya, por entonces suburbios de la ciudad.

El 6 de diciembre de 1914 tuvieron lugar la entrada en la ciudad de Francisco Villa y la División del Norte y Emiliano Zapata y el Ejército Libertador del Sur y la instalación formal del gobierno de la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes y su presidente Eulalio Gutiérrez en el Palacio Nacional en la capital de la República.

El 15 de enero de 1915 Eulalio Gutiérrez, hasta entonces presidente del gobierno de la Convención, aban-

¹⁹ Para los datos de esta cronología ver también Francisco Javier Gorostiza, *Los ferrocarriles en la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México, 2010, 725 pp.

donó la ciudad junto con su equipo de gobierno en ruptura con las fuerzas zapatistas y villistas.

El 26 de enero de 1915 salen de la ciudad con rumbo diferentes, norte y sur, las fuerzas de Pancho Villa y de Emiliano Zapata.

El 28 de enero de 1915 ocupa la ciudad Álvaro Obregón con su Ejército de Operaciones y establece un gobierno local en representación del gobierno constitucionalista de Veracruz mientras prepara con medidas políticas, sociales y militares su marcha hacia las posiciones villistas en el norte.

El 10 y el 11 de marzo de 1915 el Ejército de Operaciones abandona la ciudad rumbo al norte, hacia el territorio villista. Las fuerzas del general Cesáreo Castro son las últimas en partir.

El 12 de marzo de 1915 las fuerzas convencionistas ingresan nuevamente a la ciudad y se establece allí la Soberana Convención de Aguascalientes y su gobierno, presidido ahora por Roque González Garza.

El 10 de julio de 1915, mientras el ejército de Álvaro Obregón ocupa la ciudad de Aguascalientes y cierra así su victoria en las cuatro batallas del Bajío, las fuerzas zapatistas abandonan la Ciudad de México y se repliegan a Toluca junto con la Soberana Convención.

El 15 de julio de 1915 entran en la Ciudad de México las tropas constitucionalistas de Pablo González y la abandonan cinco días después, el 20 de julio, para ir a proteger las líneas de comunicación ferroviarias y telegráficas entre el gobierno de Veracruz y el Ejército de Operaciones. De inmediato vuelven a ocuparla tropas de la Convención por unos pocos días.

El 31 de julio de 1915 entran nuevamente los constitucionalistas y el 2 de agosto de 1915, tres semanas después de la toma de Aguascalientes por Álvaro Obregón, la Ciudad de México queda definitivamente en poder del gobierno de Venustiano Carranza.

La Ciudad de México, en apariencia un cuerpo pasivo en poder sucesivamente de cada uno de los grandes bandos en conflicto armado, tiene en ese año una intensa vida popular, social y política, y es atravesada por el debate político y la controversia social que bajo la forma de las armas y las batallas se está jugando en todo el territorio nacional.

Esa vida, cualesquiera hayan sido las ideas y las visiones de los hombres militares, tuvo una influencia grande en la moral de los ejércitos y en la suerte de las armas en el México de esos años decisivos —1914 y 1915—, como la tuvieron, cada una en su latitud y a su modo, otras muchas poblaciones de la República.²⁰

²⁰ En su avance hacia el norte, Álvaro Obregón supo tomar el pulso social de las ciudades, como ya lo había hecho en la capital de la República. Desde el 10 de abril, al día siguiente de la primera batalla de Celaya, propuso al Primer Jefe “la urgente necesidad” de decretar de inmediato, para esta y para todas las ciudades y estados que fuera ocu-

No tocaré aquí el desarrollo y la conclusión de las cuatro batallas llamadas del Bajío, tema estudiado en detalle por otros documentos de este coloquio. Diré de la suerte de los vencidos, de “aquella Gran División del Norte”, del color y el sabor de la derrota del más fuerte y aguerrido ejército campesino y popular que hasta hoy hayan conocido México y toda América Latina, cuya saga sigue nutriendo la imaginación, la poesía y el orgullo de los campesinos, los trabajadores del campo y los pobres en todo el continente, hasta en las tierras nortañas más allá del Río Bravo.

Cuando en abril de 1915 llegaron los días de Celaya y el Ejército de Operaciones de Álvaro Obregón estuvo a la vista allá nomás tras lomita, el alto mando de la División ya estaba dividido. Felipe Ángeles, desde Monterrey, conquistada por sus tropas después de la batalla de Ramos Arizpe, sostenía la imperiosa necesidad de no presentar batalla en el Bajío, replegarse más al norte en territorios amigos, alargar y debilitar las líneas de comunicación entre el ejército de Obregón y el puerto de Veracruz, conquistar un puerto propio y hacerse fuertes en las regiones nortañas, tierras natales del pueblo villista y de sus soldados. Había que dar tiempo y territorio para reposar las tropas, rehacer las fuerzas, esperar al enemigo en tierra conocida e iniciar los combates contra el Ejército de Operaciones en una fuerte posición defensiva. Pues Álvaro Obregón venía, también él, de una campaña vencedora y sus generales y sus tropas eran una fuerza combatiente muy diversa del destruido Ejército Federal.

Ángeles viajó a Torreón el 30 de marzo para discutir y argumentar en persona su estrategia. No convenció a Pancho Villa, con quien había ya tenido diferencias sobre los modos de gobernar Monterrey. Celaya sería el lugar y el nombre de las batallas por venir.

En esos días el general Ángeles se había dislocado un tobillo en una caída de su caballo y llegó a Torreón caminando con muletas. Era un obstáculo para estar presente en los mandos de la batalla en ciernes. Pero según uno de sus oficiales cercanos, el coronel Gustavo Durón, fue también un pretexto: nada podía hacer su presencia para impedir una derrota en Celaya que veía inminente.²¹ El pesimismo y la amargura, cubiertos por un

pando su ejército, un salario mínimo en efectivo de 75 centavos, un aumento de 50 por ciento en la ración de cereales para los trabajadores jornaleros, incluidos “los mozos, cocineros, lavaderos y demás domésticos”, sin autorizar aumento alguno de las horas de trabajo o los destajos y fijando penas para el caso de “ser violadas cualesquiera de estas disposiciones” (Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, Ramo Revolución, XI.481.5-118, Fo. 35-36).

²¹ “¿Por qué perdió Francisco Villa en Celaya? Actuación del Ingeniero Gustavo Durón González”. AMLG-IISUE/AHUNAM, caja 328, Villa I, folio 12. Byron L. Jackson, *Felipe Ángeles: Político y estratega*, Instituto Hidalguense de la Cultura, Pachuca, 1989, pp. 119-120.

semblante siempre impasible, habían ido creciendo en el ánimo de Felipe Ángeles.

Tampoco estuvieron presentes en Celaya algunos de los generales que habían participado en la toma de Zacatecas: Calixto Contreras y Tomás Urbina, combatiendo en otras regiones; Trinidad Rodríguez, caído en Zacatecas; Eugenio Aguirre Benavides y José Isabel Robles, que siguieron a Eulalio Gutiérrez; Raúl Madero, gobernante en Monterrey.

Lo que no fue, no fue, y es impropio del oficio de historiar el andar especulando sobre lo que hubiera sido. En la sucesiva batalla de Trinidad, Villa y Ángeles estuvieron lado a lado considerando juntos, desde una altura como puesto de observación, las vicisitudes de los combates. Pero la distancia entre ambos había quedado establecida en sus espíritus y en sus planes, distancia que los hechos no tardarían en confirmar.

9

El coronel Gustavo Durón González, oficial artillero del Estado Mayor de Ángeles presente en Celaya, ha descrito algunas escenas que vale la pena recordar. La orden inicial y la única que dice haber recibido fue que “a las cinco de la mañana había de romperse el fuego y habíamos de entrar a riñón en Celaya”. A esa hora, en efecto, se rompió el fuego, se lanzó el ataque y se desató el infierno:²²

A la derecha, a la izquierda y al frente de mis cañones contemplé actos extraordinarios de valor y de arrojo. Vi avanzar líneas perfectamente formadas de infantes que marchaban sobre los alfalfares y trigales, planos como una mesa de billar, e iban cayendo irremisiblemente ante el fuego de las ametralladoras escondidas tras de los carrizales de los zanjones profundos que cruzan los terrenos contiguos a Celaya. [...] Los yaquis, buenos tiradores, fríos, flemáticos, se entregaban a una carnicería despiadada. Vi algo más asombroso: cargas de caballería en perfecta formación que llegando cerca de las trincheras enemigas se convertían en caballería e infantería, y es que los jinetes llevaban a los infantes en la grupa o en ancas, como decimos nosotros.

Gustavo Durón relata otra escena, una de esas que tocan la esencia misma de una fuerza militar como la División del Norte. Cuando la suerte de las armas ya estaba decidida y dos baterías villistas se retiraban, la caballería del general Fortunato Maycotte las alcanzó y los cañones quedaron tirados por el camino. Entonces, cuenta Durón, llegó Pancho Villa:²³

²² Gustavo Durón González, *ibidem*, folios 3-4.

²³ Gustavo Durón González, *ibidem*, folio 6.

Villa juntó al mayor número de oficiales y de dorados que pudo y con ellos rechazó a Maycotte. La forma en la cual Villa juntó a la gente, en medio del pánico, fue verdaderamente fantástica:

—Fórmense, mis hijitos —decía con voz que iba de la persuasión al grito de mando—. Fórmense, muchachitos, porque los van a matar; fórmense, amigos; fórmense, hijos de la chingada.

Los dorados y oficiales se formaron como movidos por un resorte y atacaron a Maycotte. Le rechazaron hasta la serranía que está más allá del Río de la Laja, quitándole las banderas que ostentaban calaveras y canillas como las de los piratas, y salvaron a la División del desastre.

En medio de la derrota el magnetismo del general en jefe sobre el ánimo de combate de sus hombres seguía en pie, recurso insustituible en las horas difíciles.

10

Esa salvación duró poco. En las batallas sucesivas, Trinidad, del 19 de mayo al 5 de junio, y Aguascalientes, del 7 al 10 de julio,²⁴ el desastre se consumó. Con la derrota en Aguascalientes comenzó el repliegue definitivo. Siguiendo la vía del tren, el ejército villista tomó el camino hacia el norte. Un ferrocarrilero, Miguel Gutiérrez Reynoso, maquinista de uno de los trenes militares, escribió la crónica de la retirada.²⁵ La cohesión de aquellas tropas se iba diluyendo y, más que la persecución tenaz del enemigo, era la certidumbre de la derrota lo que disolvía a la División mientras se replegaba sobre Chihuahua.

Estampas clásicas de esas amargas vicisitudes de las guerras, como las escenas grandiosas de la retirada de los ejércitos napoleónicos de Rusia en 1812,²⁶ un siglo antes pero con protagonistas vagamente similares, aparecen en el relato. El ferrocarrilero describe la penosa marcha de Aguascalientes a Zacatecas, con los trenes marchando a vuelta de rueda por el embotellamiento causado con el desorden general y el afán de salvar todo el material posible. Los carros particulares de los jefes iban vacíos, agujerados por los balazos enemigos, con los cristales destrozados, mientras los mismos generales, a comenzar por Villa, preferían recorrer a caballo los 121 kilómetros que separan a las dos ciudades.

Así se vio entrar a Zacatecas el vagón del jefe de la División del Norte, que en sus costados tenía escrito en

²⁴ El 10 de julio a las 12 del día entraron triunfantes las fuerzas de Obregón a Aguascalientes: Paco Ignacio Taibo, *Pancho Villa. Una biografía narrativa*, Planeta, México, 2006, p. 549.

²⁵ Miguel Gutiérrez Reynoso, “El ocaso de la División del Norte”, *Excelsior*, 17-25 de junio de 1969.

²⁶ Un relato clásico de esta retirada en Armand de Caulaincourt, *En traineau avec l'Empereur*, Arléa, Paris, 2013, 240 pp.

letras doradas “General Villa”, arrastrado por una locomotora famosa, la 135, la máquina del tren presidencial de Porfirio Díaz. Locomotora y vagón llegaban maltrechos y balaceados a la ciudad cuya toma un año antes había sido el hecho de armas más grandioso de Pancho Villa. No duró mucho la estadía en Zacatecas, ya hostil en ese tiempo a la indeseada visita de la División en derrota, pues la vanguardia de la caballería de Obregón ingresó en la ciudad el 17 de julio.

Hacia Torreón prosiguió la marcha, jalonada por incidentes entre las mismas tropas: un duelo a balazos en Zacatecas entre hombres de la brigada Urbina y otros de Rodolfo Fierro por la posesión de un rebaño de borregos para alimentar a sus tropas; un enfrentamiento similar poco después en Torreón por motivos igualmente circunstanciales; multiplicación de los incidentes y los duelos a pistola entre oficiales o entre soldados por insondables rencores o momentáneos motivos.

Por otra parte el rodar de los trenes se hacía más y más difícil. No había material de reparaciones, escaseaba el combustible, aumentaban las deserciones y, lo que era tal vez peor, las defecciones de oficiales que con su tropa se pasaban al bando carrancista: el general Severino Ceniceros, el general Pánfilo Natera, multiplicadas después de la infructuosa campaña de Sonora, donde la División se estrelló contra las defensas de Plutarco Elías Calles en Agua Prieta y fue rechazada el 22 de noviembre cuando intentó tomar Hermosillo. En esta batalla murió el general José Herón González, *Gonzalitos*, discípulo de Ángeles desde 1905 en el Colegio Militar de Chapultepec y después en la campaña de Morelos en 1912.²⁷

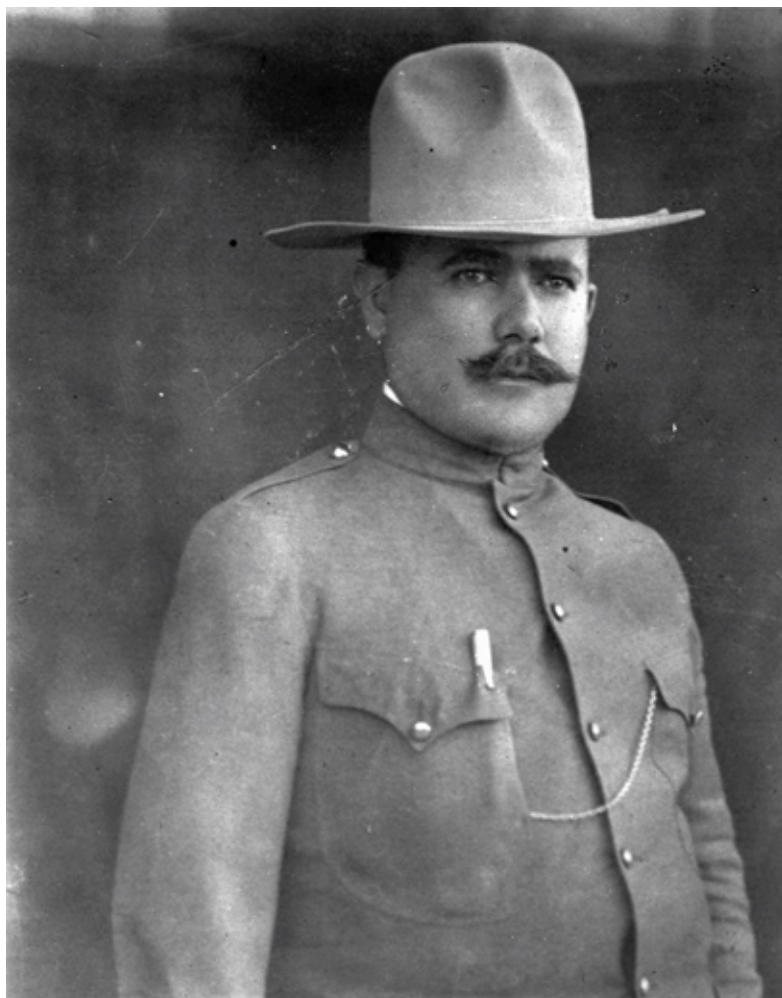
Un mes antes, el 19 de octubre de 1915, el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, había dado su reconocimiento al gobierno de Venustiano Carranza en Veracruz y después permitido a las tropas carrancistas desplazarse hacia Agua Prieta transitando por territorio estadounidense.

Como cuerpo armado la voluntad de lucha de la División estaba quebrada. El núcleo duro, Pancho Villa y un contingente de unos pocos miles de oficiales y soldados emprendieron el camino de Chihuahua. La marcha por la sierra en pleno invierno fue muy dura y por el camino fueron quedando, a trechos, hombres e impedimenta.

11

La derrota tiene también sus modos, todos amargos, todos diferentes. La División del Norte no se rindió, no

²⁷ Federico Cervantes, *Felipe Ángeles y la revolución de 1913*, México, 1942, pp. 198-201.



Álvaro Obregón

se disolvió, se fue desgranando. Algunos protagonistas y testigos presenciales describieron las penurias y vicisitudes de la larga retirada, entre ellos Miguel Gutiérrez Reynoso, ferrocarrilero, y Gustavo Durón González, coronel. “El ocaso de la División del Norte” se titula la crónica del ferrocarrilero; “Contra Huerta, contra Carranza”, la del coronel e ingeniero.²⁸

Friedrich Katz escribió un relato y una síntesis magistrales sobre el derrumbe de la División del Norte en esos largos, interminables meses de 1915: el capítulo 13 de su *Pancho Villa*: “Cómo arrebatar la derrota de entre las fauces de la victoria”, en cuyo acápite anotó los versos del viejo corrido: “De aquella gran División del Norte / sólo unos cuantos quedamos ya; / subiendo cerros, cruzando montes, / buscando siempre con quién pelear”.²⁹

Allí registra las vicisitudes y los sufrimientos en el regreso a Chihuahua de los restos de la División, entre ellos una matanza irracional contra los habitantes de San Pedro de las Cuevas, “un remoto pueblo de las montañas de Sonora”. Repetidamente atacados por bandidos, pistoleros y desertores de la guerra civil, los pobladores se habían armado. Un día vieron acercarse una

²⁸ Gustavo Durón, “Contra Huerta, contra Carranza”, mecanoscrito, AMLG-IISUE/AHUNAM, caja 1/20.

²⁹ Friedrich Katz, *Pancho Villa*, Era, México, 2000, tomo 2, capítulo 13, pp. 67-126.

partida de jinetes en armas. No se dieron cuenta de que eran villistas: se atrincheraron, los recibieron a balazos y mataron a muchos. “Cuando Villa entró en el pueblo”, relata Katz,³⁰

ordenó que se reuniera a los varones adultos y, tras mantenerlos en prisión una noche, los mandó fusilar a todos. El cura del lugar se le hincó para suplicarle clemencia y, en efecto, perdonó algunas vidas, pero le dijo al religioso que no volviera a acercársele. El cura desoyó la advertencia y se le aproximó de nuevo en demanda de piedad, ante lo cual Villa sacó la pistola y lo mató allí mismo. Sesenta y nueve habitantes del pueblo fueron fusilados, aunque siete de ellos lograron sobrevivir porque se fingieron muertos. Era la primera vez que Villa desencadenaba su cólera sobre los pobres. Al día siguiente de la masacre se mostró profundamente arrepentido y empezó a llorar. Pero la matanza de San Pedro de las Cuevas no sería la última ocasión en que Villa se ensañaría cruelmente con la población civil.

Según Friedrich Katz, “en muchos sentidos, el regreso de Villa a Chihuahua puede compararse con el retorno de Napoleón a París tras la infortunada campaña de Rusia en 1812. [...] También él regresaba a un país harto de la guerra y hondamente dividido, sobre el cual avanzaban sus enemigos más fuertes que nunca”.

12

Llegado a la ciudad de Chihuahua, Villa tuvo ante sus ojos ese cambio: “No había más de diez personas al llegar su tren, todos ellos altos funcionarios de su gobierno y oficiales de su ejército”, anota Katz:³¹

Como Napoleón después de Waterloo, Villa no era consciente de la magnitud de su derrota. Sólo percibió la dimensión [del cambio] cuando sus generales, que en otros tiempos nunca se habrían atrevido a contradecirlo y lo hubieran seguido hasta el fin del mundo, empezaron a hablar contra él uno tras otro. Algunos dijeron que sus soldados simplemente no estaban dispuestos a pelear y que era una ilusión la idea de que aún se disponía de quince mil hombres. Otros fueron aún más claros y dijeron que no veían motivo alguno para seguir luchando y para exponer a sus hombres a más muertes y mutilaciones.

El gobernador militar de Chihuahua, Fidel Ávila, su viejo compañero y compadre, le confirmó en un aparte los dichos y las razones del ánimo de sus generales: “la moral del ejército estaba por los suelos, la mayoría

de los mandos no quería combatir”. Pancho Villa no insistió. Minutos después de terminada esa reunión salió al balcón del Palacio Municipal. En las paredes de la ciudad desde el día anterior, 16 de diciembre, se habían pegado carteles donde el Ejército Convencionista convocaba al pueblo para darle un informe sobre el estado de la República. Decían así:³²

Ejército Convencionista

Cuartel General

Atentamente me permito invitar a todos los habitantes de Chihuahua, para Mitin que tendrá lugar mañana viernes 17 del actual, a las 12 del día, en la Plaza Hidalgo, con el fin de dar a conocer al Pueblo en qué condiciones se encuentra la República.

Por la trascendencia de los asuntos a que me refiero, confío en que será atendida esta invitación.

Chihuahua, 16 de Diciembre de 1915

Silvestre Terrazas, fidedigno cronista de aquellos tiempos, relata en *El verdadero Pancho Villa* los días y los momentos de la despedida de Pancho Villa en Chihuahua.³³ “¿Qué piensa usted ahora hacer?”, le preguntó en su última conversación, después de que Villa había informado al pueblo de Chihuahua reunido en la plaza pública su decisión de retirarse. “Me voy rumbo a la sierra”, fue la respuesta. “Ellos tienen mucha gente, lo pueden atrapar y desaparecer”, le dijo Terrazas. A lo cual: “No, señor —me dijo Villa—, es imposible que me atrapen: en mis andanzas de muchos años por esos lugares los conozco como a mis manos, y puedo asegurarle que tengo cuevas y escondites, desconocidos para casi todos, en donde puedo permanecer indefinidamente, y aunque me echaran encima todos los ejércitos del mundo jamás me encontrarían”.

Es muy posible que para entonces el ataque a Columbus del 9 de marzo de 1916 ya estuviera germinando en sus planes, a juzgar por pasajes de su discurso en ese mitin donde volvió a denunciar los acuerdos de Estados Unidos con el gobierno de Venustiano Carranza y el apoyo recibido por este como factores decisivos en el desastre de la campaña de Sonora.

13

¿Qué había sucedido ese 17 de diciembre de 1915 en aquella plaza de Chihuahua? Ese día Silvestre Terrazas

³⁰ *Ibidem*, pp. 116-117.

³¹ *Ibidem*, pp. 117-118.

³² Archivo Silvestre Terrazas, Berkeley University, Bancroft Library, caja 78.

³³ Silvestre Terrazas, *El verdadero Pancho Villa*, Era, México, 1985, p. 201.

estuvo ausente, enviado por Pancho Villa en una misión extrema ante el mando del cercano enemigo carrancista.³⁴ Lo reconstruyó mucho después Jorge Aguilar Mora en su libro *Una muerte sencilla, justa, eterna*, tomando pie en los recuerdos de dos adolescentes testigos presenciales, Rafael F. Muñoz e Ignacio Muñoz. “La despedida de Villa” se llama su relato y estos son algunos de sus fragmentos:³⁵

En la madrugada comenzó a llover. Era una lluvia como intrusa y como distraída que con el amanecer se fue adelgazando hasta convertirse en nieve. El viento del desierto azotaba, contra la fachada del Palacio de Gobierno, ese telón que el desierto había escogido para terminar una revolución: blanco, frío, triste y lleno de recuerdos. Terminaba la revolución, pero no la guerra, la misma guerra de siempre, de toda la vida, de muchas vidas. Así amaneció el 19 de diciembre de 1915 en la ciudad de Chihuahua.

La noche anterior había corrido el rumor de que Villa repartiría entre la tropa el oro que quedaba en las arcas del Pagador de la División del Norte. [...] Pero los veteranos de la División sabían ya, por instinto, que las decisiones de Villa no se conocían por rumores; y tenían muchas razones para dudar del rumor. Y aun así fueron sobre todo ellos, no más de cuatrocientos, los que acudieron a la Plaza Hidalgo y aguantaron la nieve de media mañana. [...]. Los veteranos soportaban los azotes de los grandes copos de nieve mientras los villistas de última hora comenzaban a protestar, desengañados de sus esperanzas de recompensa monetaria ya antes de que apareciera Villa.

Era casi el mediodía cuando en el balcón del Palacio se presentó Villa rodeado de un grupo de civiles, prosigue Jorge Aguilar Mora. El general estaba vestido “con un pantalón de casimir color gris y calando perfectamente su gorra de General de División”:

La mayoría de los que estaban en la Plaza Hidalgo habían participado en la campaña de Sonora y casi todos sabían lo que iba a decir su general. Pero nadie que de veras se sintiera villista hubiera querido perderse ese momento,

³⁴ Durante esta misión Terrazas estuvo a punto de ser fusilado por orden del propio Villa. Cuando salió hacia el sur en su misión de contacto, Villa ordenó por telégrafo al general Cruz Domínguez que al llegar a la Estación Ortiz lo fusilara. El general Fidel Ávila supo de esta orden, intervino y convenció a Villa de que diera contraorden, explicándole las intrigas urdidas en esos días contra Terrazas. Otros como el general José Delgado, igualmente inocente según Terrazas, no tuvieron la misma suerte: Villa lo mató en la estación ferroviaria cuando, con su autorización, partía hacia la frontera. Silvestre Terrazas, *ibidem*, pp. 197 y 206-209.

³⁵ Jorge Aguilar Mora, *Una muerte sencilla, justa, eterna: Cultura y guerra durante la revolución mexicana*, Era, México, 1990, pp. 116-127. También como “La despedida de Villa” en *Cuadernos Políticos*, número 58, Era, México, octubre-diciembre 1989, pp. 63-84. La fecha real del mitin fue el 17 de diciembre, como se anota más arriba.



Revolucionarios con cañón, 1914

porque la imagen de Villa en el balcón atraía con la misma fascinación que atraían los condenados a muerte cuando se paraban arrogantes ante el pelotón de su fusilamiento. [...]

Cuando le tocó el turno al general dejó de llover, como si las nubes también hubieran decidido escucharlo. De muchas casas vecinas a la plaza salieron curiosos o admiradores tímidos, aprovechando la tregua de la nieve.

Un mes antes se había publicado el Manifiesto de Naco, donde Villa había manifestado que, al reconocer el gobierno de Carranza, Estados Unidos se vengaba de él por haberse negado a vender a México. Este día de diciembre Villa repitió la historia. [...] Eran revelaciones en verdad “sensacionales” y todos le creían, todos estaban dispuestos a aceptar la conspiración carrancista y gringa. [...] Todo eso Villa lo había expuesto ya en el manifiesto de Naco un mes antes, pero ahora lo decía como una declaración de guerra. [...]

La despedida de Villa, después de la revelación, no fue una renuncia: el general hizo un llamado ferviente a todos nuestros hermanos de raza para que continuaran la

lucha, que no podía abandonarse hasta que reinara la justicia en esta tierra. Era también como una oración, y Villa ya no se dirigía realmente a sus soldados sino a los de debajo de todo México: Villa se dirigía a la tierra y le pedía como otro hijo más, en nombre de todos los presentes y todos los ausentes, que restaurara el equilibrio perdido por las injusticias de este mundo.

Y luego, mirando de nuevo a los veteranos que lo habían seguido de ida y de vuelta por la sierra y por una campaña enloquecida en Sonora, terminó casi con una profecía: “Quisiera de buena gana que éste fuera el final de la lucha, que se acabaran los partidos políticos y que todos quedáramos hermanos, pero como por desgracia será imposible, me aguardo para cuando se convenzan ustedes de que es preciso continuar el esfuerzo y entonces... nos volveremos a juntar”.

Así fue el fin de la División del Norte.

14

La derrota y dispersión de la División del Norte fue un largo y doloroso proceso. Cuando estuvo consumado, sus dos grandes jefes militares, el general Francisco Villa y el general Felipe Ángeles, tomaron caminos diferentes según les dictaban las convicciones, el pasado y la formación militar y cultural de cada uno. Sucede en tales desastres, sin que sea lícito para el historiador dictaminar cuál es el mejor sino, fiel a su oficio, registrar la lógica y la naturalidad de la decisión de cada uno. Ni condenar ni aprobar: razonar, comprender y explicar.

Pancho Villa, hemos visto, decide proseguir su combate y lo dice en privado a Silvestre Terrazas y en público en la Plaza de Armas de Chihuahua. En lugares sólo por él conocidos había atesorado recursos para poder hacer frente a las campañas venideras y así lo dio a entender a Silvestre Terrazas y tal vez a Fidel Ávila.³⁶

La tenacidad de este gran jefe de hombres combatientes parece condensarse y adensarse cuando tiene que afrontar la suerte adversa de las batallas y las deserciones sucesivas de sus subordinados; es decir, cuando llega la dispersión y la destrucción de esa confederación de jefes y combatientes militares y civiles que se había reunido en la División del Norte. Era ese rasgo de carácter y ese don de mando que en gesto de un instante le había visto Gustavo Durón en la primera batalla de Celaya, organizando y salvando a los suyos en medio del desastre y la derrota. Así lo recordó también Nellie Campobello en su libro no igualado de recuerdos de esa guerra: “Metálica y desparramada. Sus gritos fuertes, claros, a veces parejos y vibrantes. Su voz se podía oír a gran distancia,

sus pulmones parecían de acero. Severo me lo dice. [...] ‘Los villistas eran un solo hombre. La voz de Villa sabía unir a los pueblos. Un solo grito era bastante para formar su caballería’. Así dijo Severo, reteniendo en sus oídos la voz del general Villa”.³⁷

Tenacidad tenía también Felipe Ángeles, pero no igual modo de mando y autoridad sobre los jefes de la División del Norte. Respeto sí, y también afecto porque mandaba respetando a cada hombre de la tropa, esos mismos a quienes les imponía jugarse la vida en el cumplir de sus órdenes. Pero era la suya una forma diversa de la tenacidad, que en quienes razonan con ideas antes que con sentimientos suele presentarse como terquedad, y así con cierta razón lo veía Pancho Villa.

Esta diferencia de intelectos y de conformación de las voluntades (o, si se quiere, esta diferencia de caracteres de dos jefes unidos en una misma empresa y por un igual respeto mutuo, según lo dicen los testimonios escritos y verbales de la época) en la hora difícil pasa a ocupar el primer plano.

Se presentó en la divergencia radical de estrategias, perspectivas y tácticas que se abrió después de Zacatecas y de la ruptura con el Primer Jefe Venustiano Carranza; y se condensó durante la ocupación de la Ciudad de México por el Ejército Convencionista y después en la diferente reacción táctica de cada uno al producirse a mediados de enero de 1915 la deserción de Eulalio Gutiérrez y su equipo de gobierno: José Isabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y algunos otros.³⁸

Unidos Villa y Ángeles por su maderismo —por la lealtad diversa en cada uno a la figura de Francisco I. Madero—, en la hora difícil toman caminos diversos el maderismo plebeyo de Villa y el maderismo intelectual de Ángeles y cada uno imagina y se empecina en planes de campaña casi contrapuestos.

Ángeles propone el repliegue hacia el norte a una posición fuertemente defensiva, para dar tiempo además a que se recupere la decaída moral de jefes y tropa. Villa cede —o da gusto— a los impulsos de combate de sus generales: cada uno a pelear en tierras diferentes, o sea cada uno a afincarse en la suya, clásico síntoma de repliegue no todavía consciente en los movimientos so-

³⁷ Nellie Campobello, *Cartucho: Relatos de la lucha en el norte de México*, Ediapsa, México, segunda edición, 1940, “La voz del General”, pp. 161-163.

³⁸ Felipe Ángeles había descubierto pocos días antes la trama y la preparación de esa ruptura. Después de derrotar al general Antonio Villarreal en la batalla de Ramos Arizpe el 8 de enero de 1915, cayeron en su poder siete trenes entre los cuales estaba un vagón pullman, el cuartel general de Villarreal. Allí encontró los archivos con la correspondencia y los documentos que probaban su complicidad con Eulalio Gutiérrez y al instante los envió a Francisco Villa a su cuartel en Torreón. Adolfo Gilly, “La División del Norte y los tres mosqueteros”, *Revista de la Universidad de México*, julio de 2012, número 101, pp. 49-53.

³⁶ Friedrich Katz, *op. cit.*, pp. 119-122.



© Heliodoro J. Gutiérrez

Tropas maderistas a caballo, 1911

ciales de raíz popular y amplitud territorial. Son dos mundos y dos educaciones de la práctica y de los sentimientos que en la ofensiva convergen y en la defensiva tienden a distanciarse.

Pancho Villa simboliza, representa y unifica el mando de su ejército en la ofensiva y la victoria. A la hora defensiva, pierde influencia y tiene que ceder ante los impulsos y los sentimientos regionales naturales de los generales de su División del Norte.

Pero su tenacidad se alza y se impone contra toda evidencia y toda esperanza cuando esos jefes le dicen que abandonan la empresa militar y que no hay más División del Norte, ese momento único de despedida y promesa en la plaza de Chihuahua el 17 de diciembre de 1915.

15

Felipe Ángeles no había participado en las dos batallas de Celaya y después había compartido con su jefe Pancho Villa el mando y la derrota en Trinidad, pese a que su opinión era no dar allí batalla y replegarse aún más al norte para hacerse fuertes en una posición defensiva.

Como invariablemente sucede en las derrotas, en la División ya se había iniciado la búsqueda de culpables o responsables en las propias filas. El general Ángeles, que no siendo un jefe campesino del norte tenía el respeto de todos pero la fidelidad personal de muy pocos, estaba desarmado en ese tipo de conflictos.

En la segunda mitad de junio partió, solitario, para Estados Unidos en una imprecisa misión diplomática ante el presidente Woodrow Wilson o algún alto funcionario de su gobierno. A esa altura era muy improbable tal audiencia, pues el interlocutor mexicano de Washington era ya el gobierno de Carranza en Veracruz, al cual reconocería oficialmente el 19 de octubre de 1915.

El 21 de junio de ese año el general estaba en la ciudad de Chicago en camino hacia Boston y la costa este. Un cronista del *Chicago Tribune* lo encontró allí y al día siguiente, en el peculiar estilo descriptivo de la prensa de aquel país, escribió en su periódico:³⁹

Un hombre con un bigote negro de estilo militar y el oscuro color de piel de un latino entró ayer en una librería

³⁹ *Chicago Tribune*, 22 de junio de 1915: "General Ángeles, Villa's Right Hand, Visits City", p. 17.

de la avenida South Wabash. Vestía un saco Palm Beach [saco claro y liviano de verano], pantalón gris y un sombrero bombín.

“Quiero comprar *The New Freedom*, del Presidente Wilson”, dijo en un inglés aprendido. Realizada la compra, caminó lentamente hacia la calle mientras hojeaba el libro.

Era el general Felipe Ángeles, el militar técnico de México y el hombre que planeó todas las batallas exitosas del general Francisco Villa. El general Ángeles pasó el día en Chicago, en camino hacia Boston para visitar a su esposa y sus hijos a quienes no ha visto desde hace dieciocho meses.

“Hace ya cierto tiempo que deseo leer este escrito del Presidente Wilson”, dijo el general al reportero, “por quien tengo una profunda admiración. De los asuntos mexicanos nada puedo decir ahora, salvo negar que exista una ruptura entre el general Villa y mi persona”.

Agregó el general que la División del Norte estaba en ese momento en Aguascalientes, “donde se mantendrá a la defensiva hasta que haya algún progreso en las negociaciones de paz”.

Como es evidente, las declaraciones de Ángeles no correspondían a la realidad de los hechos sino tan sólo a sus deseos e ilusiones: Woodrow Wilson nunca pensó en recibirlo y el 10 de julio, quince días después, el Ejército de Operaciones de Álvaro Obregón entraba vencedor en Aguascalientes, sede de la Soberana Convención Revolucionaria apenas ocho meses antes. Lo que el general declaraba como un hecho era tan sólo lo que él habría querido hacer y no se pudo. Lo acompañaba en la entrevista uno de sus leales discípulos, el general José Herón González, *Gonzalitos*.

El 24 de junio de 1915, un año y un día después de la toma de Zacatecas, Felipe Ángeles ya estaba en Boston, donde volvió a entrevistarlo el *Chicago Tribune*. Ángeles reiteró su deseo de entrevistarse con Woodrow Wilson y declaró al periodista:⁴⁰

Describiré al Presidente un cuadro de la situación en mi país. Sin embargo, no lo haré como representante de ninguna facción sino tan sólo como uno que ha visto y ha sabido y desea con ardor cosas mejores.

Conforme a cómo se inició, la revolución está concluida. Los ideales por los cuales luchamos: el derribamiento de los privilegios sociales y el establecimiento de las libertades políticas e individuales, ya se han logrado. Ahora sólo se trata de una cuestión de personas.

La ambición personal y los celos, como se ha visto en Carranza, es cuanto se atraviesa en el camino de la paz y

la prosperidad. El general Villa está dispuesto a retirarse. Carranza debe hacer lo mismo.

Felipe Ángeles parecía estar soñando con aquellos tiempos en la Convención de Aguascalientes, mientras las disputas y diferencias de entonces se estaban ahora dirimiendo por las armas y la División del Norte se replegaba en derrotas sucesivas que irían a culminar el 10 de julio, dos semanas después, con la toma de Aguascalientes por Álvaro Obregón. Ese repliegue no podía ignorarlo el general, pues su viaje a Estados Unidos era también su retirada. No obstante, prosiguió: “No tengo un plan preciso, pero sí algunas ideas para el restablecimiento del país que espero exponer ante el Presidente Wilson. No las discutiré con nadie, excepto con él mismo. Sin embargo, no es ningún secreto que estoy a favor de que se designe un Presidente provisional que no haya estado aliado con ninguna de las facciones en lucha. Y éste no debe ser un militar”.

Cualquiera sea el sesgo que el periodista haya podido dar a la entrevista, el estado de ánimo y las declaraciones de Felipe Ángeles dicen de un hombre aislado y vencido, una especie de encarnación solitaria y tardía de las ideas y los sentimientos de Francisco I. Madero en sus días de desconcierto en aquel mes de marzo de 1913.⁴¹ Tras este fracaso, Ángeles regresó a México. Encontró allí un ambiente de intrigas y hostilidad entre los jefes villistas, aun cuando Villa le mantuvo un respeto distante. A fines de septiembre decidió cruzar la frontera y establecerse en Estados Unidos.⁴²

A principios de ese mismo mes el general Raúl Madero había escrito a Villa desde Coahuila pidiéndole que renunciara para “salvar a nuestro partido que día con día se derrumba”. Le decía que los hombres de la División ya no querían pelear más y que “el deseo de la gran mayoría es el de regresar a sus hogares”, mientras “el pueblo todo está cansado de esta lucha porque ya no puede vivir”. A fines de septiembre repitió y razonó su exhorto y dijo a Villa que abandonaba definitivamente su ejército. Lo mismo hizo su hermano, Emilio Madero.⁴³

⁴¹ En la misma nota del *Chicago Tribune* titulada “Mexican Chief Urges Against U.S. Invasion”, aparecen también estas declaraciones de Ángeles bajo el subtítulo “Se Oponen a la Intervención de Estados Unidos”: “Una intervención bajo la forma de una invasión armada jamás sería tomada por los mexicanos como si fuera en su interés, cualesquiera fueran las intenciones del invasor. Una intervención puede tomar otras formas más amistosas. Están la fuerza moral de Estados Unidos, la posibilidad de permitir el movimiento de municiones de guerra a través de la frontera y, por fin, la ayuda económica. Esta línea de acción sería aceptable para la gran mayoría de los mexicanos interesados en el restablecimiento de su gobierno y de su país”. Si este confuso y contradictorio párrafo es fiel a lo declarado, el general estaba en Boston pidiendo armas para una guerra perdida y dinero para una paz imposible.

⁴² Friedrich Katz, *op. cit.*, pp. 102-103.

⁴³ *Ibidem*, pp. 100-101.

⁴⁰ *Chicago Tribune*, 24 de junio de 1915: “Mexican Chief Urges Against U.S. Invasion”.

“Felipe Ángeles nunca hizo ninguna declaración pública contra su antiguo jefe y hasta el fin de sus días continuó insistiendo en que estaba orgulloso de haber servido bajo sus órdenes”, anota Friedrich Katz, y agrega que Villa, por su parte, nunca consideró que lo había abandonado y, más aun, tres años después “casi le pidió disculpas por haberlo alejado”.⁴⁴

16

El fracaso de su ilusorio proyecto de entrevista con Woodrow Wilson fue para Felipe Ángeles el inicio de lo que sería un largo y amargo exilio. Bajo la protección y con la ayuda material de su amigo el ex gobernador de Sonora, José María Maytorena, por entonces exiliado en Los Ángeles, decidió establecerse en El Paso y ganar sus ingresos trabajando con sus manos y sus heterogéneos e inciertos conocimientos de ranchería y ganadería. Tenía a su lado a su esposa Clara Krause, a su cargo cuatro hijos y, rasgo notable de su carácter y su personalidad, se había exiliado sin llevarse un peso de cuantos habían pasado por sus decisiones y por sus manos cuando formaba parte del alto mando de la División del Norte. Nunca criticó a Villa o habló mal de él y mantuvo en sus declaraciones la ficción de su subordinación al mando del jefe de la División mientras esta existió.

El 14 de diciembre de 1915, casi al tiempo de la despedida de Pancho Villa en la plaza de Chihuahua, Felipe Ángeles enviaba a José María Maytorena desde El Paso, Texas, una carta desolada. Me permito ver en los gestos y las actitudes de ambos jefes militares, en un mismo momento del tiempo y de sus vidas, dos diversos y semejantes modos de lealtad a sus ideas, a su imagen de sí mismos y a sus conductas en la revolución y en la vida. Esta carta, que habla de otras cosas, es su último adiós a la División del Norte.⁴⁵

El Paso, Diciembre 14 de 1915
Señor General Don
José María Maytorena
Los Ángeles

Querido y buen amigo:

Había retardado la contestación a su carta del 4 del presente porque deseaba darle noticias de las Señoras sus hermanas; pero por diversas ocupaciones no he podido ir a verlas, y por no retardar más mi contestación la envío antes de visitarlas.

En la mañana temprano me voy al ranchito: me ocupo en hacer los quehaceres, y me ensucio tanto y me canso

⁴⁴ *Ibidem*, p. 102.

⁴⁵ 14 de diciembre de 1915, José María Maytorena-Felipe Ángeles, Archivo José María Maytorena-Pomona College, Box: V, Folder: 17, Expediente 4.

a tal grado que en la noche cuando regreso no tengo ganas a veces ni de asearme.

Esto aparte de que siempre tengo alguna preocupación. Primero que no tenía un depósito de pasturas, y fue preciso mandar hacer uno con departamentos para alojamiento del toro, de las vacas próximas a parir y de los becerritos. Después, que cuando era necesario sacar del garage el automóvil que había yo mandado reparar, y que no tenía donde meterlo y fue preciso mandar hacer un garage. En seguida que la bomba del pozo (que tiene una caldera poderosa para poder dar el vapor necesario para el lavado y la esterilización de las botellas) está enteramente a la intemperie y se está maltratando, y es necesario hacerle una casita que le sirva de abrigo.

Estoy haciendo esa casita y la lechería. Esta última compuesta de una pieza para lavar las botellas, de otra para enfriar y embotellar la leche y de una ordeña.

Además, tengo un familión tremendo y por no vivir en el rancho estamos haciendo más gastos. Para reducirlos voy a construir una casita en el rancho, donde podamos meternos y donde nos alimentaremos con leche y alfalfa (digo verduras!).

Por no haber tenido desde el principio un depósito de pasturas, voy a tener que comprar estas ya muy avanzado el invierno y por tanto muy caras.

Y por último, cometí la falta de comprar las vacas muy jóvenes y van a tardarse aún algunos dos, tres o cuatro meses en empezar a dar leche.

Por este poco que le cuento, comprenderá que he estado ocupado y sobre todo preocupado, y que sea perdonable el que no haya cumplido con mis amigos y que se me haya pasado el tiempo en ir venir del Rancho al Paso y del Paso al Rancho.

El mismo día que llegué a esta ciudad envié con Manuel Bonilla hijo (que en esa época iba todos los días al *Paso Morning Times* en busca de trabajo) las declaraciones de Ud., con algunas instrucciones para que las publicaran, pero muy probablemente (como lo auguró Bonilla padre) no quisieron publicarlas porque no eran sensacionales y el periódico no se beneficiaba con esa publicación.

Como dice Ud. muy bien, la campaña del General Villa en Sonora fue un fracaso y ya lo tenemos de vuelta en Chihuahua. En este momento corre por las calles el rumor de que fue asesinado por alguno de los suyos. De todos modos, sea esta noticia verdadera o falsa, es casi seguro que dentro de poco tendremos por acá a las tropas carrancistas en busca de las villistas, y tenga Ud. por seguro que Ciudad Juárez caerá en poder de los primeros y que tendré que soportar su enemistosa vecindad.

Mil gracias por su pésame, que me envía con motivo de mi queridísimo amigo Gonzalitos.⁴⁶ Como Ud.

⁴⁶ El general José Herón González fue alumno del Colegio Militar desde 1905. Sus amigos lo llamaban *Gonzalitos* por su pequeña estatura.

ya habrá sabido tengo también la pena de haber perdido a Cervantes, que envié como mi representante a la Convención en México.⁴⁷ Ojalá y Piña no haya perecido también.⁴⁸

¡Qué quiere Ud., estamos de malas y desgraciadamente no han de parar aquí nuestras desdichas! Pero ya sabe Ud. también que no hay mal que dure 100 años... Tengo la firme creencia, que no está lejano el día de que se olviden de nosotros, por ocuparse de otros asuntos y de otros enemigos.

Y mientras tanto al mal tiempo hemos de hacerle buena cara.

Escudero decía también que se iba de guerrillero: no me sorprendería leer en los periódicos la noticia.

Tenga la bondad de presentar mis cariñosos recuerdos a toda la familia y Ud. reciba de la mía y de mi parte un fuerte abrazo,

Felipe Ángeles

Participó en la campaña de Morelos de 1912 como capitán y ayudante del general Ángeles. Después de la batalla de Torreón fue ascendido a coronel, y a general después de la batalla de Ramos Arizpe. Persistió en su lealtad a la División del Norte y participó con su infantería en la desastrosa batalla de Hermosillo el 22 de noviembre de 1915. Lo atravesó una bala cuando trataba de hacer ordenada la retirada de sus tropas. Estaba con él Alberto Ángeles, ingeniero y hermano menor del general (Federico Cervantes, *op. cit.*, pp. 174-175 y 198-201).

⁴⁷ El general Federico Cervantes había sido derrotado en la hacienda de Grunidora, Zacatecas, y su tropa se dispersó. Penosamente pudo llegar a la frontera y se presentó con Ángeles en El Paso, Texas. En sus memorias refiere que este lo recibió con un abrazo y le dijo: "Me ha sacado usted una de las dos espigas que tenía clavadas en el corazón, pues yo sabía que primero Gonzalitos y después usted habían muerto en la campaña" (*ibidem*, p. 197).

⁴⁸ Alberto B. Piña fue el representante de José María Maytorena en la Convención de Aguascalientes. No murió ni fue guerrero.

Tenaz el uno, terco el otro, tres años después casi día por día, el 11 de diciembre de 1918, Felipe Ángeles cruzaba la frontera cerca de El Paso y se internaba en Chihuahua, jinete en su caballo John Brown, para unirse en Tosesihua a la fuerza guerrillera de Pancho Villa. Ya no era aquella gran División del Norte: esa no volvería. Pero el nuevo encuentro era tan simbólico como habían sido sus despedidas: seguían siendo los mismos y volverían, antes de un año, a separarse del mismo modo, entre bravío y melancólico.

Una revolución no es sólo lo que sucede en las armas sino ante todo lo que sucede en las almas, las innumerables del pueblo, las contadas de los jefes. Toca al historiador investigar, comprender y explicar antes que juzgar y contraponer, tareas estas de predicadores o de políticos.

Benemérita Universidad Autónoma de Guanajuato,
Guanajuato, 25 de mayo de 2015;
Barrio San Lucas, Coyoacán,
D. F., 24 de agosto de 2015 **u**

Conferencia de clausura en el Coloquio México, 1915: Definición en El Bajío, El Colegio de México y Universidad Autónoma de Guanajuato, Guanajuato, 23-25 de mayo de 2015. Agradezco la inestimable colaboración del maestro Edgar Urbina Sebastián en la investigación y discusión de este escrito.



Revolucionarios villistas con sus familias, Torreón